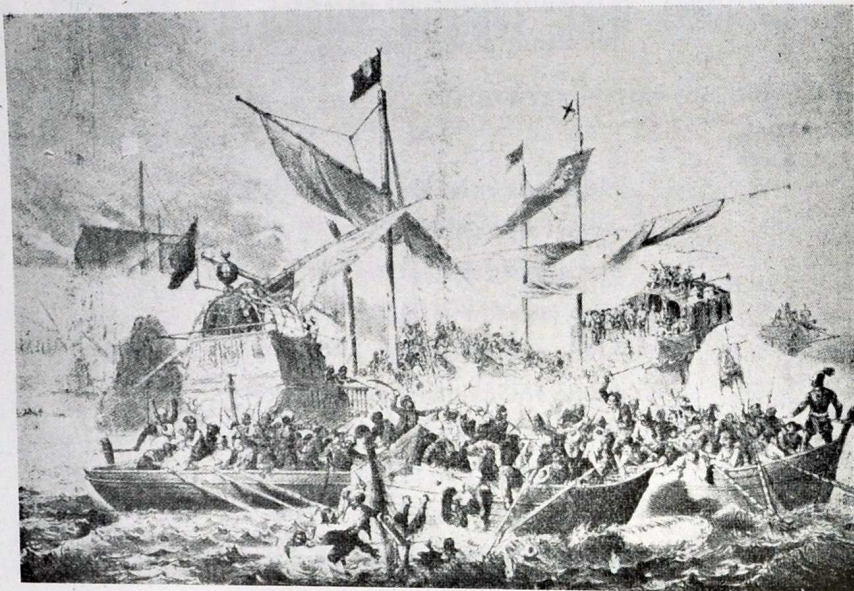


# LEPANTO: 7 de octubre 1571



IV Centenario de la Batalla de Lepanto. — La Santa Liga entre España, los Estados Pontificios y Venecia. El Generalísimo don Juan de Austria, artífice de la victoria

Triunfo del Santísimo Rosario y establecimiento de su fiesta, por el Pontífice San Pio V, con tan feliz motivo

**S**IN reparo alguno, hacemos nuestras las frases lúcidas del italiano Conforti: «Sin los soldados españoles y Don Juan de Austria, no habría victoria de Lepanto».

Pero justo es recordar que el gran Papa Pio V, de entrañable humildad evangélica, desde los primeros tiempos de su pontificado soñó con la organización de una cruzada contra el poder turco que ponía en peligro, no ya solo la libertad de la Iglesia, sino también el auge y desarrollo de la civilización cristiana.

Por ello, frente al aparatoso crecimiento de la política absorbente de Solimán el Magnífico, este celoso Papa concibió la creación de la llamada Liga Santa, formada por los Estados Pontificios, España y la República de Venecia. Mas, la única potencia que podía garantizar el éxito de tan colosal empresa, en amparo y protección de la fe católica, era España, la España de Felipe II, en cuyos dominios no se ponía el sol, y al que justamente denominaron, nada menos que Santa Teresa de Jesús y San Pio V, *Brazo armado de la Cristiandad*.

Ninguna otra nación, como España, podía ostentar títulos tan legítimos, para convertir, en realidades fecundas, la idea de la *Universitas Christiana*, de Carlos V, que desbordante de copiosa y limpia hispanidad, continuó y sigue siendo piedra angular de la vida política y aliento poderoso, nacional.

Lo cierto es, que Felipe II se decidió a formar con el Papa Pio V y la República de Venecia para combatir el poder turco y afrontar el peligro hasta asestar el golpe definitivo a un enemigo, tan bien organizado y poderoso, en las aguas de Lepanto.

Para Generalísimo, de esta universal empresa, quedó nombrado don Juan de Austria, capitán piadoso y valiente, con caudillaje ya consagrado en la guerra de los moriscos en las Alpujarras.

Por mandato del monarca católico fue designado Jefe del Estado Mayor del Generalísimo de la Liga Santa, en calidad de auxiliar de don Juan de Austria, don Luis de Requesens, figurando además, nombres gloriosos, como don Alvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz, Andrea Doria, don Juan Cardona, y tantos más que, unidos a los del Estado Pontificio y de Venecia formaron aquella pléyade de famosos marinos de universal predicamento. Digamos que, entre los combatientes resalta, en la nave de Andrea Doria, *La Marquesa*, en la que tuvo especial relieve, el humilde soldado español Cervantes, que luego había de ser honra y prez de las letras hispánicas, y al que se le atribuye la célebre frase referida a la Batalla de Lepanto: «La más alta ocasión que vieron los siglos».

Los soldados españoles habían sido preparados con tres días de ayuno, con el arma poderosa del Santo Rosario, confesión general, alimentados con la Sagrada Eucaristía, la bendición apostólica y copiosas indulgencias de Cruzada.

Acompañaban a don Juan de Austria tres confesores franciscanos con el encargo regio de cuidar la moral de los soldados. Ello aparte de personalidades eclesiásticas, militares de mar y tierra.

Numerosos pareceres, saltaban de la mente y del corazón, entre los mandos de la Santa Liga, en orden a los primeros pasos de la batalla.



Pero don Juan de Austria siguió el pensamiento de don Alvaro de Bazán, prestigioso marino.

Como por encanto, las naves se lanzan, unas contra otras, en lucha desesperada y horrible. Y así como al principio el viento parecía del lado del enemigo, de la Cruz redentora, de pronto cambia y se pone a favor de los cristianos. Con esta clara señal se enardecen más, y el enemigo es obligado a retroceder. Cuando los turcos se dan cuenta de que las galeras cristianas eran más temibles y mejor armadas que las suyas; el Generalísimo, don Juan de Austria, en un esfuerzo poderoso y sublime, descomponen el Estado Mayor de la Media Luna, y muerto su Jefe Alí, es arriado el estandarte suyo, apareciendo, como un milagro, la bandera española con la imagen de Jesús Crucificado, escudo que don Juan de Austria había elegido para testimonio de sus heroísmos y proezas incomparables, al servicio de la Fe.

En la capitana ondea la bandera de la Santa Cruz y entre sus pliegues benditos, resalta el Santo Rosario, triunfador de los enemigos de Dios y de su Iglesia Santa. Su Santidad el Papa Pío V, que, misteriosamente había seguido, paso a paso, desde una ventana del Vaticano la colosal batalla, bien pudo apreciar que, en tanto iba pasando, enfervorizado, las cuentas de su rosario, el poder del Islám se hundía en las aguas de Lepanto, y España, eucarística y mariana, la de los fueros y libertades, la del descubrimiento del Nuevo Mundo, la España de Trento, gozosamente, una vez más, ganaba nuevas glorias, en defensa de los derechos de la Santa Madre Iglesia y de la cristiana civilización.

La victoria de la Liga Santa, tuvo resonancias ecuménicas: El Nuncio de Su Santidad aseguraba como el italiano Conforti que nada se hubiera hecho sin el insigne caudillaje de don Juan de Austria. Un erudito historiador de Felipe II alabando la dirección de la batalla exclamaba que en la victoria de Lepanto nunca se vió cosa semejante. Digamos que la táctica fue inspirada, nada menos que, por el ilustre don García de Toledo, emparentado con el Cardenal Obispo de Burgos, don Francisco del mismo célebre apellido, comisionado por el Rey en la Santa Liga, y colmado de atenciones y altos títulos por Pío V. El Cardenal Cervantes escribe desde Roma a Felipe II en tan gozosos términos: «De aquí ayudamos con las armas nuestras que son las oraciones, continuos ayunos y limosnas en las que ha habido tanto cuidado que se hicieran desde que partió don Juan, de Mesina, por orden de Su Santidad... ¡Bendito sea Nuestro Señor que estos sacrificios y plegarias no han sido en vano!»

En Roma fue como un himno incesante de acción de gracias al Señor y a la Virgen Santísima. Como luego, en todo el mundo hispánico.

Y en Venecia, por calles y plazas se daban gritos de alabanzas y voces de inmensa gratitud al Dios tres veces Santo, para el Rey Filipo el Católico, añadiendo, muchos «nuestro señor». El Dux públicamente afirmaba, que la victoria sería eterna loa del Soberano Felipe II y a la valentía, audacia y vida sobrenatural de don Juan de Austria, en honor de la flota nunca conocida, desde la venida de Jesucristo...

La batalla de Lepanto es la última que tuvo lugar con abordaje y lucha sobre cubierta de los buques.

San Pío V, Papa del Santísimo Rosario, fue el único que adivinó este celebrado triunfo contra el Turco. Y para conmemorar esta fe, singular gloria hispánica, hace ahora cuatro siglos, el día 7 de Octubre de 1571, fecha de luz, de oro y triunfo, estableció la festividad de la Virgen del Rosario, gran fiesta de la Iglesia universal. San Pío V, al promulgar el Breviario Romano, en 1568, manda rezar la segunda parte del Ave Maria, trascendida luego al Santo Rosario, con lo que quedó completa, como hoy rezamos los devotos de la Virgen, la salutación angélica, el Ave Maria y el Santa Maria, en honor de la Virgen plena de gracia, Madre de Dios y Madre nuestra, dulce abogada, corredentora, mediadora, auxilio de los cristianos, embajadora del Rey Celestial.

Tres bulas relacionadas con la victoria de Lepanto fueron publicadas: Las dos primeras, por Pío V sobre indulgencias plenarias para los que rezaran el día 7 de Octubre, recordando este celebrado triunfo de acción de gracias a la Virgen del Rosario, y la tercera por Gregorio XII en 1575, en la que hace un caluroso elogio de don Juan de Austria, de toda la escuadra y príncipes cristianos colaboradores.

Por el anchuroso territorio nacional perduran recuerdos de esta famosa victoria, como el Cristo de Lepanto en la Catedral de Barcelona, de piadosa tradición. Y en la bella, incomparable sacristía del Real Monasterio de Guadalupe se puede contemplar una lámpara que muestra orificio de un arcabuz, preciosa reliquia tan alabada por los visitantes de este Santuario de la Hispanidad.

Una vez más, en la Historia de España, el poder, la gracia, la misericordia de Dios y de la Virgen, descendieron a torrentes, en réplica al piadoso y elocuente murmullo de plegarias, por mediación poderosa del Santísimo Rosario.

**Marcelino GONZALEZ-HABA**